

## Penando pecado veniales

**A**doña Usías se le olvidó apagar el audífono al echarse a dormir, amortajada como solía, con ropa limpia y los aceites ungidos para distraer el hedor de su edad. Con el cansancio apelmazado, a doña Usías se le echaron al olvido los rezo de última hora, convencida de que sería una siesta nomás, un apegar los párpados. Y fue entonces que la llamó la muerte, así , con un susurro : << Usías >>, qué, le respondió la doña quizás creyendo que era el Perico que le allegaba el plan de las sobras y los posos de las pellejas de vino que ella hervía para ensopar el hambre; las cortezas de queso y la tripería que le hacía mandar doña Leo, que la cuidaba, pese a todo, en la distancia; << Venga, no hacerse la remolona, que ya es hora cumplida >>, y la vieja le inquirió si no eran muchos sus pecados veniales, a lo sumo, que calculo que con un par de arrepentimientos te libras >>, y entonces se dejó arrastrarla vieja en un suspiro de hondo descanso.

**C**orrída la noticia de su muerte y de su pobreza, algunos hubo que aprestaron sus limosnas para procurarle un entierro digno.

<< Era tan pobre que hasta le sisaba las telas a las arañas y con ellas componía en el huso ovillos para remendar >>, comadreaban. << Tan pobre que hasta se saciaba con el hambre >>; << Ella solita compuso el yermo : lo peló de raíces y de bulbos, ni un yerbajo dejó, comiéndoselos todos... >>

Y con estos chascarrillos, y acordándose del tiempo no tan lejano en que había sido ama y había aliviado tantas necesidades, la gente aligeró calderilla para meter entierro: arrendarían la caja mortuoria en la que se portaban a los mendigos, peregrinos y demás menesterosos. Al rato cumplido llegaron con la noticia de que el cura Don Enrico no condonaba los honorarios de las misas. Recurrieron a un apaño; tras mucho rogar doña Leo, el padre accedió a fiar los padrenuestros, encender solo cabos viejos de otros oficios de difuntos; aprovechar las cenizas del hisopo y abreviar responsos y latines a cambio de que se le llenase la iglesia; se compensaría con la limosna el escaso pago; el maestro Ferrer, sastre funerario, concedió que, por la mitad de los acordado, le arrendasen el ataúd para el velorio, el oficio y hasta mediado el camino, hasta la cuesta que dicen << de las

ánimas >>, donde e empedraro escasea y con el tembleque menudo de los huesos de difuntos se descoyuntaban las tablas, los clavos de la caja y hasta los restos del ánima apegada al cuerpo. Allá el carromato de Fulgencio el carbonero ( no había cuartos para el coche mortuorio, de negro charol y cortinilla de raso rojo ribeteado) daría la vuelta; allá esperaría el percherón del enterrador con las parihuelas dispuestas para llevarla a rastro a última morada.

Justinos Santos, al consultárselo, no puso reparo.

<< A mí el alma me limpió los mocos de crío; me apacentó las hambres y me consiguió, para ir viviendo , este oficio de difuntos. Bien agradecido le quedo, a pesar de mi bastardía >>, reprochó rumiando la rabia, mientras cavaba la sepultura en el extremo norte del cementerio. Allá las heladas no se cebaban tanto; amanecían tempranas y arracimadas las matas de madreSelva en la primavera y , de mirar al cielo los días claros, se veían bandadas de calandrias peregrinas pasar.

**J**oselín Niales bajaba por el camino del cementerio cuando el zumbido lo puso alerta.

Venía de treparse a los nidos de los pájaros para sacarles las crías, que amamantaba después en su chabolo con zoquetes esmigajados en leche templada y con lombrices que él troceaba; si le apretaba el hambre en sus búsquedas, sisaban los huevos, los sopesaba, los miraba a trasluz y , si aún no estaban cuajadas las sangres, se los aligeraba dentro, relamiéndose.

-- Parece enjambre...

Fue orientándose hasta dar con aquel minúsculo artefacto que emitía sonidos. Era el audífono de doña Usías. Con el trasiego en el cambio del ataúd a las parihuelas, o del arrastre por aquel suelo empedrado, se le desprendió a la vieja del oído y se fue rodando. Tal vez Justinos se le quitó pensando que aquel cachorro enturbiaría el sosiego de sus muertos y , sin saber qué hacer lo tiró.

Joselín Niales pensó que el audífono era una suerte de radio de las que se ponían para escuchar los partidos o las piezas de baile que después, a las fiestas, tocaban las bandas. No tuvo cuidado el incauto y se lo llevó al oído movido a curiosidad. Se ahondaron las pupilas.

**A** la señora Usías la derivó la beneficencia a la parroquia. El padre Nicanor leyó pausado la esquelita de recomendación con el membrete del convento, y de tanto en tanto levantaba los ojos, cuando corroborando, cuando contrastando lo leído con su presencia.

- ¿ Así que ha sido usted hermana de la Sagrada Anunciación?
- Tan solo novicia – confesó con humildad-. Diez años ayudando en la cocina. Pero me dio un ataque de sonambulismo. Dicen que algún amor no sofocado, que se avivaba con los rabos de nube y los aires montaraces. Devoraba, decían, las cargas de las paredes; sin uñas me quedaba de raspar y raspar; se me agrietaban labios y lengua de lamer la cal. Cosas así, de desesperada. Y ya después me dio por confundir el relleno de los dulces. Entonces me quisieron confinar a celda de clausura, a retazos de pan y sopa turbia, que el ayuno excesivo depuraba el alma. Determiné salirme.
- Ya -asintió el padre-. No obstante, la carta viene fechada de hace más de veinte años, ¿ y qué se ha hecho de usía de entonces acá?
- ¡ Pschht! Por ahí me estuve andando- chistó quitándole importancia-, penando pecados de tan poca menudencia...

Recitó de corrido una serie de parroquias donde había estado al servicio de los correspondientes reverenciales; y de ninguno hallaría queja , lo retó, que auxiliaba mucho, que era vieja y sabía de latines, del acomodo en la mesa y de la discreción aconsejada para los asuntos que se negociaban sacristía adentro.

El padre Nicanor se apiadó de ella. A la última ama la tuvo que correr de la casa por empreñada. A la gente le gustaba comadrear el chismorreo y fue una suerte que se llevase un sobrino de Fulgencio el carretero, levantándole el escándalo.

<< A esta, por lo menos, si le empreñan lo tacharán a poco menos que de milagro. >>

Doña Usías le entró al cargo. Era por entonces vieja de piel acartonada y tras, las comidas y las labores, gustaba adormilarse rezando el rosario por la tarde. Al padre le agradaba comilonas que le hacían mórbido el pensamiento y le provocaban unas siestas tan hondas y prolongadas que costaba un dios y todos los santos aprestarlo para las misas de ánimas. Ensoñando, rumiaba entre vahídos los pecados oídos en confesión y no penitenciados los suficiente.

Doña Usías, lo escuchaba rezongar y se colaba en el cuarto, apostándose a su lado, de rodillas en el desgastado escabel que clamaba una visita al tapicero. Aprestaba el audífono y escuchaba, remusgando los pecados veniales de toda la comunidad. << La culpa es suya, padre, musitaba escarmentado la pena, << no haberme prohibido sintonizar la señal serial radiofónico. >>

**J**osé Niales se hizo el camino. No sabía cómo funcionaba aquel cacharro que zumbaba y zumbaba. Buscó alguna rueda para nivelar el volumen. No se sabe por qué arte demoníaco aquel aparato fue de poco en poco edentrándosele en la carne, y a más que forzaba por sacarlo, más se le hundía. Y a mayor profundidad, mayor zumbido, y de ahí a poco, más claridad, hasta que de pronto lo ilusionó la sintonía de una voz de mujer.

– Padre, padre, confiésemme porque he pecado...

**A**l padre Nicanor se le atragantaban los pecados. Aquel retahilar de la siesta era la manera natural de expulsarlos. Aunque ponía penitencia y era de natural benevolente, la parroquia entera le trocaba las bulas y absoluciones por mediación de su estómago: unas peritas en dulce, las guindas anisadas; la confitura de arándanos y las tortas de miel; el queso con nueces, la sidra dulce a dorritos le aliviaba de las digestiones pesadas; las pruebas de la matanza... Sin saberlo, el padre Nicanor se colmaba de culpas hasta el hartazgo. Lo que más ardor le producían eran los pecados de la lujuria; los más veniales apenas un poco de pesadez; sudaba con los pecados de la usura que poblaban la mente de números y algoritmos, de un ansia por apilar en montoncitos monedas de uno y dos céntimos que le tiznaban de olor a cobre las yemas de los dedos. La envidia le provocaba aquellos gases que explosionaban de manera ruidosa dejando el aire cargado de aquel hedor a repollo cocido.

Los más de estos pecados se los confiaban a modo de recado, no por expiación o arrepentimiento. Y el padre, a pesar de las muchas y frecuentes y abundantes comilonas no lograba sobreponerse; y entre sueños de sonámbulo, supuraba culpas de su alma infectada por los otros.

Y al pie, con media sonrisa, arrodillada en el escabel, las palabras regurgitadas salpicaban el rostro de la vieja ama, doña Usías, que se deleitaba con las debilidades humanas de la vecindad.

<< *Padre, padre, confesión, confesión...*>>

Aquellas voces no se le iban. José Niales miraba en derredor para descubrir quién lo embromaba. Nadie. Cerrando los ojos vislumbraba con más claridad las voces, secreteándole adentro, en la cabeza. Si además apretaba fuerte los párpados, capaz era de identificar a quién delataba sus pasiones bajas, los escarceos con cuñadas y primos; a quién no se le iba la imagen del

mal pensamiento; quién movía , de hito en hito, los mojonos; la ubicación de agujeros secretos para asistir a los escarceos. Un pueblo entero, el pueblo entero, su pueblo, bullendo en la cabeza, retahilando en las más de las ocasiones, pecados no siempre veniales, a medias y a mitades.

Las voces no se le iban. A la noche le inquietaban los sueños, le producían calenturas, lo sacaban enfebrecido de la cama y se andaba por los caminos.

<< En el alto de la loma, al pie del cerezo, lo enterré sin que nadie lo supiese. >> Sabía que al hacer una fosa, al pie, daba con los huesos de un gato, con los hierros de una bicicleta, la del maestro, con el estruendo quebrando de un cántaro preñado de duros de plata.

<< Era verano y aún nadie lo sabía. Yo hice lo que se acostumbra en estos casos; le rogué de secreto y me ofrecí al maligno; tomé de las yerbas que enturbian las sangres; imploré e imploré hasta me tentaba el vientre con fuerza para que no se me saliese el llanto. Y al final se me fue el pecado con el cuajarón de sangre... Cuando Custodio me retomó a las rondas, señor, le dije que no de a poco, en un principio... pero él era hombre de mucha insistencia en el rogar y yo de quebrantar los votos con facilidad...>>

Don Nicanor se fue con el primer viento que orea en Marzo. Algunos acusaron sus abusos en el comer y en el amor al orujo en los últimos tiempos del padre. Tenía las venas hinchadas contra la piel, que ni sacarle el dedo del anillo pudieron los que lo amortajaban. Doña Usías, que había sido asistenta fúnebre, le adivinó en las manchas violáceas de temprana aparición de la sangre envenenada de los pecados, corroborada por la podredumbre pustulenta que le hinchaba el vientre poniendo a prueba la costura y los dobles repasados de la sotana.

- Ande, m' hijito- le recomendó al suplidor- sea breve con los responsorios que se nos descomponen el padre en bubas y pestilencias. Tiene adentro demasiados pecados.

**E**l suplidor don Enrico Doménico Chiari no le perdonó a doña Usías la confianza en el trato, aquel " m'hijito" con el que, a su parecer, lo desgradaba humillándolo; ni le soportó el meneo de cabeza reprobatorio al estallar el cadáver de don Nicanor en silbidos y vaharadas de hedor y pustulencias; mucho menos que interrumpiese ciertos juegos de manos en los que andaba con aquella " su prima". Doña Leo, que no tardó en suplirla en el puesto de ama.

Le inquietaba al joven aquel amasijo hecho de edad que, con ojos vivarachos y menudos se mofaba de sus debilidades. Le despidió sin contemplaciones. Ella se preguntó en voz alta " qué será de mí"; el padre la instó a confiarse a la suerte del padre y que anduviese de limosnera.

- Hace unos años no le diría que no, m'hijo, pero ahora no está el cuerpo hecho a tanta fatiga. Por miedo a que alguien le creyese los secretos, y por cobardía de su mucho pecar, el padre Enrico mandó a su prima doña Leo a rumorease el bulo de que la señora Usías era aficionada a tomar del cepillo, a aliviar la edad con tragos de moscatel y a meter la mano en el cajón de la sacristía. Así lo hizo la fámula, aunque no sin dolor. Le había tomado afecto a la viejecita.

**J**ustinos Santos la trepó a una mula, junto con el baúl y sus pocas pertenencias. La llevó a su casa de camposanto y la vieja, que agradeció los caldos de pollo y el catre, le pidió que no se lo tomase a mal, pero le resultaba imposible seguir viviendo allá. Entre la humedad y el rumor de los muertos no podía cumplir con los rezos y las penitencias. Justinos Santos mostró una sonrisa, " veremos lo que se puede hacer señora, veremos".

Quería aliviarle a la vieja el agravio de las malas caras, lo que de ella se decía en el pueblo

- Suerte tienen- murmuró la vieja cuando se lo confesó-, suerte de que sea vieja y el morral de los pecados a reventar por las costuras; de muerta no se tienen en cuenta las faltas, ya será entonces, ya...

**J**osé Niales conocía con exactitud el plato del macetero donde se guardaba una llave por si acaso el olvido. Se le susurró aquella voz de sus adentro. Y conocía también la hora en que tras la siesta, se derrumbaba el padre, exhausto, tras haber yacido, roncando hasta momentos antes de la misa. Entró de a poco, sin saber a qué. Las sangres se le hacían un hervor. Lo que no conocía era aquel aroma a hembra, las carnes blancas albinadas por el camión, reclamándolo, incitándolo. La escuchó orinar y después vio la sombra contra la pared, componiéndose en la coqueta las horquillas. La tomó apresándola como un pajarito de los que sacaba de las nidadas; le posó una mano en la boca sofocándole el grito en un suspiro, cerrándole con el otro brazo la cintura.

- ¿ Quién es usted? ¿ A qué viene?- la embargaba el aroma montuno de árgomas y abrojos con las que convivía aquella mano sucia de barro y de camino

- Soy un ángel. Y vengo a administrar justicias.- Bajo el camisón (¡ ah, maravilla!) palpitaba la carne.- Vengo a anunciarte, Leocadia, que estás condenada.

<< ¿ Qué hacer si nos descubre? >>

<< Le diremos que eres un menesteroso que ha venido a por su ropa, que te lo han confidenciado. Ha engordado tanto que nada le vale, de puro sebososo, y quiere deshacerse de las ropas para que no le causen remordimientos. En ese armario están colgadas las piezas de pana. >>

A Doña Leo le gustaba la determinación con la que actuaba José Niales, dirigido por voluntad divina; les gustaban a doña Leo aquellas manos gañanas, profanas en letras y latines, montaraces y comidas de los saboñones y de las heladas, con una suciedad que no se iba ni a tiros ni a refriegas. En ellas posaba la savia de los árboles, el rumor de los helechos y el tormento de las noches al raso. A doña Leo le gustaba aquel asombro animal con el que la tomaba, el sigilo ahogado de su estertor; le gustaban sus palabras medidas y bruscas, talladas a lija en la garganta. Le gustaba tanto a doña Leo yacer juntos en el piso, como animales, sentir el frío de la loza en las carnes, las ropas en alborozo; escuchar después cómo se levantaba y se iba y se postraba después al lado del padre Enrico, arrodillado en el escabel, mirándolo desde otra vida con ojos de odio lento, y se le acercaba a la oreja y ensalmodiaba quién sabe qué letanías en sus orejas, hasta que al padre le cumplía el reposo y se inquietaba, cada vez más lento, cada vez más tardó en su despertar. No le gustaba a doña Leo el aspecto e sapo panzón del padre; su piel recubierta por una pátina de grasa; la barriga en desplome libre, la papada en balconada y la respiración torpe. No le gustaba a doña Leo el padre, mucho menos sentirse utilizada para pecar, que la tomase a modo de polichinela y la mandase por ahí a malograr la reputación de doña Usías, aquel ser débil y de patas de gorrión, ni le gustaba su poca clemencia con la vieja, que hasta en los responsos le ecatimó el descanso. Le había pasado el tiempo en que doña Leo lo amaba tanto que no le importaba condenarse por amor; ahora, en la contemplación de aquella piel correosa, temía el infierno y deploraba el hecho de haberse condenado por aquel miserable.

**J**osé Niales le sacó partido a la malandanza de los otros. Esquilmaba los tesoros sosterrados en huertos y zócalos; embromaba el sueño a los amantes; destapaba a los yacientes el resquemor de las culpas. En alguna ocasión, cuando le entró al chatajeo, intentaron matarlo; una voz providencial lo avisaba: << no te camines por ahí que te espera una perdigonada >>, << apresta el garrote, Joselín, que a la vuelta te sacan la navaja >>.

De un tiempo acá Joselín Niales sólo subía a los árboles por entretenimiento y para que no se

le perdiese lo ágil; solo apuraba las huevadas de los nidos para aplacar el sabor de la nostalgia. Para entretenerse se apostaba en la estación y miraba pasar trenes y de los coches de línea.

<< Si no me voy pronto >>, se apuraba tras alguna barrabasada, << me dejan seco >>.

<< Aún no, José Niales, aún no has aligerado el morral de los pecados. Te pudrirás en vida..."

Se acordaba del padre Nicanor y cómo se fue en humores por saltarse las témporas.

El padre Enrico achacaba el estar enfermo al resentimiento. Cuando le destinaron de suplente a ese pueblo, a él, tan docto, tan llamado a grandes gestas, tan encaminado a obispo, se le abrieron las úlceras. Y a cada contratiempo, de todo culpaba a aquel lugar, al comportamiento hosco de los parroquianos que hasta le guardaban reservas para los pecados mayores. Para resarcirse, él mismo pecaba. Comía con gula, colmaba a doña Leo de procacidades lujuriosas cuando yacían, se enturbiaba de alcohol... De esa mala vida de excesos venían estos desmanes: el cuerpo deformado, la piel saturada de calenturas y de eccemas, un olor a pútrido que lo flagelaba y que no se iba ni con emplastos de madre selva ni mascando hojas de menta. A todas horas paseaba el hisopo encendido por la iglesia, hasta quedarse anestesiado en el banco, dispuesto a oír a las escasas parroquianas que acudían en confesión.

Aquella tarde la contempló largo, con el hombro apoyado en la jamba. Ella aún estaba sobre el piso, con las ropas arrebuajadas a la cintura y el sexo húmedo que oreaba la estancia con perfume de gorbiz. Por el ventanuco, una corriente de aire la refrescaba.

– ¿ Se está despertando ya?

– Él dijo que no. << He sido yo, que he acabado temprano >>, musitó. << Me marchó >>.

Ella le sonrió. Él llevaba puesta la ropa del reverendo, aquellas piezas de pana que le conferían un aire urbanita, novelesco.

<< Me marchó...>>, repitió sacudiéndose el sombrero antes de ponerlo.

**A**quella tarde el padre enfermó. Se les esperaba para una misa y llegaron, con la suspensión de la misma, los rumores de su empeoramiento. Se le dibujaron grotescas varices contra la piel y de los pequeños estigmas manaban purulencias apestosas.

– Está muerto en vida- sentenció el doctor al que ni tiempo le faltó para mandar llamado al maestro Ferrer y que aprestase su arte. Le mandó un sobre sellado y en él la tarjeta violácea con la que se requerían medidas contra la peste. El maestro Ferrer trajo el ataúd plomado y en él ingresaron aquel cuerpo que amenazaba en desangrarse en sustancias.



Le colocaron algodones que enseguida habían de reemplazar y cuando lo metieron en la caja Santos Justinos jura que todavía un hálito de vida en él pervivía, un lento resollar de agonizante, que se le quebraron los ojos del espanto. Se le enterró sin santos óleos ni últimos responsos, aquella misma madrugada, mientras prendían soluciones sulfuradas que habían traído de la botica y trasegaban con sus pestes apocalípticas las estancias, para matar aquel mal que se temió epidémico.

El coche de servicio que unía el pueblo con la capital aprestó su horario para no cruzarse con el mal fario de la comitiva fúnebre. En él viajaba, vestido de pana y con dinero enfajado en la cintura, Joselín Niales. Debido a la premura, el coche se volvía trotón en los baches. Sin notarlo, a Joselín Niales se le desprendió el audífono, se rodó afuera, se hundió en un charco. Enmudeció.

Descansó para siempre.

Hasta que mandaron reemplazo doña Leo, obviando las advertencias contra la peste moró en la casa. Vivía para las tardes, esperando la visita del enviado montaraz; buscaba su aroma a yerbas agrestes en el aire que, viciado de azufre, había enmudecido cualquier rastro.

A pesar de que el nuevo padre, al que agradaban los modos sumisos y la carne que se prometa Servil de doña Leo, le ofreció entrar a su servicio, la mujer renegó. Se levantó del piso en el que pasaba las tardes en agonía y, con gesto desconcertado, intentando reconocer el lugar donde estaba, pidió permiso para recoger sus cosas. Traía el pelo suelto y los ojos llorosos.

La consolé, hija mía, le advertí que no necesitaba irse con tanta premura, pero ella, que se había compuesto sus ropas, solo me rogó una carta recomendando y suplicando su ingreso a las hermanas de la Sagrada Anunciación, para purgar allí sus pecados, que se me antojan serían veniales. Así lo hice.

Allá la supongo, hasta que el viento le enturbie el olvido y aflore en la memoria el recuerdo montaraz y las ansias de su búsqueda, las ansias de comer cal de las parecez insomne, sonámbula. Y entonces, aunque aquejada de vejez, saldrá al siglo para irle al encuentro y reprocharle su salvación, que también a ella, aunque de otro modo, le había envenenado las sangres, condenándola a vivir penando pecados veniales.

